

ENTREVISTA A RUGGIERO ROMANO

Esta entrevista fue efectuada en oportunidad de la visita del Dr. Romano a la Universidad Nacional de Mar del Plata, con fecha 29 de octubre de 1997. Participaron de su realización C. Biernat; M. Castro; F. Devoto; M. Ferrari; E. Hourcade; J. Melón Pirro; R. Pasolini y G. Rafart.

—*¿Cuáles fueron sus primeros contactos en Argentina, y cuál fue su reacción ante este mundo intelectual al que permanece ligado desde entonces?*

—En concreto, fue en 1961; pero voy a tratar de contestar de otra manera, porque fue una experiencia que sirve no para dar luces a mi biografía, cosa que no tiene ningún interés, sino porque esta experiencia mía podría servir para iluminar un problema de orden general: se habla siempre de las dictaduras que destruyen una generación, etc. Pero en cuanto a mí, yo he conocido dos Argentinas. Vine por primera vez el día de las primeras elecciones post-peronistas, en 1957. Luego, Romero me pidió venir al Centro de Historia Social que él había creado. Y Romero no tenía nadie alrededor. El peronismo había destruido una generación de historiadores. Para tener dos asistentes Romero tuvo que traer a G. Beyhaut y J. Oddone de Montevideo, porque en ese tiempo no se había formado nadie. Estaba solamente Halperin Donghi. Por fuera del grupo de Romero, había formado otro, esencialmente compuesto por mujeres que trabajaban Historia Medieval con Don Claudio Sánchez Albornoz quien había continuado trabajando durante el peronismo. Tendríamos aquí, una dictadura que destruye.

La otra dictadura, la de los militares, dio lugar a un fenómeno distinto, porque

hubo una generación de historiadores que se formó casi gracias a la dictadura. Se tuvieron que ir afuera. Y entonces hay una serie de personas que se fueron a Estados Unidos, a Francia, a España y otros lados en donde continuaron sus estudios —no quiero decir mejor de lo que lo hubieran hecho en Buenos Aires, porque no creo que siempre haya una mejor formación afuera— pero lo que quiero subrayar es que hubo un tiempo histórico en que una dictadura pudo detener la formación de historiadores, y otro tiempo en que no se paró.

Es cierto que en este segundo momento había más becas, más oportunidades de acceso a universidades extranjeras. La prueba es que cuando durante el peronismo todo un grupo de historiadores tuvo que irse de la universidad, el único que encontró trabajo afuera de Argentina fue José Luis Romero; los otros tienen que sobrevivir en Argentina por medio de las actividades más distintas que se pueda imaginar. No fue sólo porque no tenían la reputación suficiente, sino porque las otras universidades extranjeras que podrían acogerlos no tenían la estructura para darles cabida. En cambio, cuando en 1966-67 se produce otra expulsión de los historiadores de la universidad, para los más jóvenes hubo becas y para los que ya eran profesores jóvenes, como Tulio Halperin Donghi, hubo también un lugar en otras universidades del exterior.

Para volver entonces a la pregunta, mi visita inicial se produce en ese primer momento de vacío, en el cual aparecen los primeros jóvenes que se ponen detrás de Romero. Éste, que también está de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en cierto sentido, y entre comillas, pide ayuda, porque su cargo de Decano era muy pesado en términos políticos, y le faltaba el tiempo de seguir, de discutir, de hablar con las personas que estaban trabajando a su alrededor. Pienso en gente muy brillante, de primera, de la que en este momento recuerdo a Ernesto Laclau, a Leandro Gutiérrez. Todo este grupo de jóvenes, más que una asesoría, lo que necesitaban era que se los situara, que se los entroncara en una cultura historiográfica extra-americana, si puedo decir así. No quiero decir que tenían que hacer un trabajo bibliográfico, pero sí de que se les hiciera conocer una cierta evolución de la historiografía fuera de América durante los anteriores veinte años.

No sé si estará todavía accesible, pero en esos años José Luis Romero hizo una especie de colección mimeografiada, traducciones de un montón de artículos de los que le parecían los más interesantes, los más útiles de la historiografía europea y norteamericana y en particular sobre temas de historia social que eran los que a él le interesaban más. Pero había también otras especialidades. Algunas cosas de historia económica en sentido bien estricto. Por eso digo que estas cuestiones de las "visitas" no pueden ser pensadas sólo como la visita mía, sino que deben ser apreciadas en estos términos más amplios.

No se trató de la aventura personal de dos personas, Romero y Romano. Si no caemos en que Romano primero visitó Santiago de Chile y luego Buenos Aires, pero las razones son completamente distintas. Romero en Buenos Aires se encuentra frente a un vacío, pero no pasa nada parecido en Santiago cuando me invita

Don Mario Góngora, porque había una universidad que funcionaba bien, donde se habían formado excelentes investigadores, pero no había nadie que se ocupara de historia económica. Góngora era una persona muy inquieta y muy abierta y si bien él nunca hizo historia económica personalmente —aunque la ejercía de manera indirecta—, quería integrar la enseñanza de la historia, en el Departamento de Historia de la Facultad de Letras de Santiago, con la presencia de alguien que hablara de Historia Económica.

En Buenos Aires yo empiezo a asesorar sobre precios, monedas, las cosas básicas que yo conocía. También esto se difunde un poco, porque Garzón Maceda a quien yo conocía de París, me invita a Córdoba, y luego envía a Buenos Aires a seguir mi curso a Aníbal Arcondo al mismo tiempo que empezaba a trabajar sobre los precios en Córdoba. Toda una parte de la documentación que utilizó la encuentra en los archivos de Buenos Aires. Íbamos juntos al archivo y como yo tenía algunos años más que él, le pude enseñar algunas cositas de los precios. Después Arcondo fue a París e hizo su doctorado. Buenos Aires se constituía en ese momento en una especie de punto de confluencia de gente que viene de Córdoba, o de Rosario, y el Centro de Historia Social de Romero se convierte en una suerte de imán porque las otras universidades no estaban en mejores condiciones. Por cierto en Córdoba estaba esta figura extraordinaria de Garzón Maceda, que ya mencioné. Pero, con una sola figura no es suficiente, aunque fuera extraordinaria. Es el mismo problema que hay con la revolución industrial. Cuando ustedes analizan un proceso de este tipo pueden encontrar que hay una red de relaciones que define una trama apretada, donde la luz no puede atravesar, o en cambio, un tejido más disperso que en ciertos puntos forma como unos nudos más apretados, asemejándose a una piel de leopardo. Bueno, es claro que son dos cosas muy distintas. Para que haya industrialización el tejido tiene que ser bien compacto. Por analogía podría decirse que la existencia de una personalidad es muy buena cosa, pero que resulta necesario que alrededor de esa personalidad haya un tejido homogéneo, entre comillas, una escuela. No alcanza sólo con esta figura emergente.

Yo vine muchas veces entre 1961 y 1966 por períodos más o menos largos. Y después no pude venir más, porque yo tengo una sola religión: no ir nunca a una universidad adonde mis amigos no pueden enseñar por cuestiones políticas. No es que quiera tomar una posición de izquierda, ni una de derecha, pero me parece indecente hablar donde mis amigos no pueden hacerlo. Y, en efecto, yo no visité jamás Chile mientras estuvo Pinochet, ni la Argentina y el Uruguay cuando estaban las dictaduras, ni tampoco Polonia mientras duró la dictadura de Jaruzelsky. Otros tienen posiciones diferentes, y sostienen que justamente hay que ir a trabajar a aquellos lugares donde la libertad está comprometida para alentarlos. Yo en cambio, no voy más. Y en verdad, resultó una forma de conocer más países de América. Porque cada vez que no podía ir más a un país, debía de alguna manera empezar en otro.

De este modo fui a trabajar tanto a Perú como a Bolivia, que no eran oasis

democráticos excepcionales. Más tarde fui a Venezuela, a Santo Domingo, y finalmente a México donde he pasado bastante tiempo. A Buenos Aires regresé recién en 1983, en ese momento especialísimo del comienzo de Alfonsín; entre esa fecha y ahora realicé cuatro o cinco viajes, pero siempre a las corridas, un poco de turista, para recibir también algunos honores, dar rápidamente un curso, esas cosas.

—*¿Y cree que la historiografía argentina se encuentra en situación de presentar un tejido homogéneo, o mejor en forma de piel de leopardo?*

—Mire, los tejidos existen o no existen. Continuando con la metáfora, pienso que a veces con una especie de voluntad de autodestrucción, a un tejido ya reparado, lo rompen ustedes mismos. Vamos a salir mejor de Argentina porque no quiero cometer injerencia en los asuntos internos, pero también confieso que a la situación actual de la Argentina la conozco muy mal. Pero lo que yo veo, por ejemplo, en Perú es que hay no sé cuantos grupos, divisiones, grupitos, etc. No sé cuántas revistas, siempre luchando para sobrevivir económicamente; solamente yo formo parte del comité de cerca de diez revistas, y me pregunto cómo puede ser que un país que tiene 22 millones de habitantes —dejando de lado todos sus problemas sociales y económicos— pueda tener más revistas que Francia que es un país de 56 millones de habitantes. No es posible ni siquiera en términos de material humano. Yo digo, si en lugar de hacer todas esas revistas hicieran no digo una sola que sería un horror, pero digamos cuatro publicaciones, asociándose, poniéndose de acuerdo así como hay, por ejemplo, una asociación inglesa de historia económica que, ahora me parece cada tres años, pero antes era cada cinco años, cambia de director, cambia de comité, etc. Esto permite agrupar alrededor de un proyecto y resulta mejor que 20 pequeñas revistas, porque independientemente de su calidad, no llegan a afirmarse ni siquiera en el mercado nacional.

Y voy a decir otra cosa más por afuera de esto de las publicaciones, aunque ustedes van a querer lincharme. De verdad, un país como Argentina, ¿tiene necesidad de tener una cátedra de historia griega, de historia romana, de historia egipcia, de historia medieval, en cada universidad? Es un error..., es un horror. Sería más lógico concentrar todos los recursos para que pudiera funcionar bien el Centro que dejó Don Claudio Sánchez Albornoz antes que crear todas estas cátedras por cualquier parte. Pero, se me preguntará: ¿Entonces, Ud. no quiere que en Argentina se enseñe historia medieval?, o cosa por el estilo. Sí; pero yo digo que en un país de 30 millones de habitantes tener una cátedra de historia medieval en cada universidad, sería la misma locura que si en todas las universidades francesas hubiera una cátedra de historia de Caldea. No hay ni el material humano ni los recursos económicos en la universidad francesa para tal cosa. Entonces hay dos o tres de estas cátedras en todo el país. Hay una en Estrasburgo, otra en el Collège de France, otra en Sorbonne. Tal vez este discurso pueda parecer agresivo y violento, pero no es ninguna de las dos cosas, sino el cálculo de una situación de hecho. De acuerdo que se enseñe la historia medieval, pero ¿por qué crear la mentira de la

cátedra de Historia Medieval? Con la producción que hay, no es verdad. Es mejor tener una enseñanza bien simple, de un buen profesor de liceo, que enseñe historia medieval sin grandes complicaciones. Y esto no es para evitar las vocaciones de medievalistas de algunos argentinos, porque luego podría haber en Buenos Aires una concentración de los recursos donde estas vocaciones pudieran encontrar lugar de formarse. O en Neuquén, crear por ejemplo, un centro de Historia de China, pero por favor sólo uno. ¿Cómo va a haber una cátedra de Historia de China en cada universidad?, ... no se aguanta, no es posible; ... es inútil discutir cómo hacerlo mejor. No, no se puede hacer. La única manera es decir tenemos interés en desarrollar la historia de Extremo Oriente y vamos a crear un centro *ex-novo* en Jujuy, o en Ushuaia, o donde fuera.

O sea que el tejido existe, pero tengo la impresión de que hay diez personas que lo tiran de todos lados, y al final se rompe. No hay tejidos que sean resistentes a, como se dice en términos técnicos, tracciones tan fuertes. Y no es que yo tenga sueños de sociedades armoniosas en las cuales todos se quieren y son felices de encontrarse, pero sí creo que es posible constituir sobre la base del interés común dos o tres frentes. No puede ser que cada persona sea un frente, porque la guerra de todos contra todos no conduce a nada.

—¿Y cuál es su visión del campo académico, ahora que ha transcurrido más de una década de estabilidad institucional?

—Mire yo creo, repito, creo, que pasó una cosa que también se puede conocer por las estadísticas de la UNESCO. La cuestión fue que cuando terminó la dictadura regresaron a Buenos Aires un montón de personas de esas formadas afuera. Luego una parte de esas personas que habían hecho una primera emigración por razones de orden político, emigraron por una segunda vez, esta vez por razones de orden económico. Entonces, un cierto capital que se había acumulado involuntariamente, pagando un precio altísimo, en realidad el país lo perdió. Desde afuera mantienen relaciones de amistad, o enemistad, lo que fuera. Pero el hecho de que Halperin Donghi no regrese, o que Moutoukias o Garavaglia y varios otros regresaran, pero luego se fueran nuevamente, me parece una pérdida evidente en un balance global de la historiografía argentina.

Hay dos países que yo conozco donde se produjo esta situación. En el caso de Argentina han sido condiciones sobre todo económicas, pero por el contrario —otra vez más— el caso chileno es mucho más grave porque hay un rechazo, hay dificultades creadas para todos aquellos que se formaron en el exterior, y que tuvieron que irse otra vez, si es que estuvieron en condiciones de regresar. Porque para muchos, cuando intentaron volver a Chile, se los recibió diciéndoles “¡Qué bien, que has obtenido un título afuera!”, etc., pero no se les dio ningún espacio institucional. Me constan personalmente varios casos de esta clase. Creo que en Chile hubo una voluntad muy precisa de no tomar gente que viniera a ocupar puestos.

—Visto desde Francia ¿qué había de interesante en América del Sur, cuando Ud. empieza a venir para aquí?

—Desde el comienzo yo tenía dudas sobre la posibilidad de aplicar para mis estudios europeos un esquema francés a Italia, o un esquema español aplicado a Alemania. Siempre pensé que este juego terminaba como la colonización de otro país. En París yo pude conocer a José Luis Romero y a Mario Góngora. Inicialmente voy a Chile y allí conozco además a Alvaro Jara y a Rolando Mellafe. Estos tres últimos me explicaron muy bien que el problema de América era específicamente americano; que no era posible estudiar Chile desde los archivos de Sevilla. Es cierto que uno puede encontrar documentos que sean chilenos pero todo el material está organizado por el interés de la madre-patria colonizadora, y que el problema interesante era estudiar el funcionamiento interno de estos países. Todo esto hoy día parece bastante banal, pero entonces no lo era. Si Ud. toma, por ejemplo, los estudios de la historiografía francesa sobre las colonias africanas, todavía hoy continúan como historia de las colonias francesas, es decir están haciendo historia de Francia.

Entre los latinoamericanos conocidos en Europa estaban Silvio Zabala y Mario Góngora. Romero no era tan conocido, a pesar de su trabajo de medievalista, porque con el orgullo europeo habitual ... ¿quién es este argentino que hace historia de la edad media? Y Romero era un gran especialista. Yo nunca estuve demasiado de acuerdo con su idea de sociedad burguesa y todavía menos con la noción de sociedad feudo-burguesa, pero era un gran historiador, personalmente un gran señor. Alguien que no te hacía nunca daño y trabajaba muy seriamente.

Yo sé que en la Argentina hay un poco la idea de que yo fui un misionero avanzado de la historiografía francesa. Es una idea que me molesta. Tal vez fui un misionero en el sentido que me opuse a la historia *acontecimental*, que me opuse a la historia política banal, que me opuse a las ideas de estos libertadores de uniforme y sable, peleando en favor de la historia económica y social. Entonces la escuela de *Annales* significaba una cierta reacción a esta clase de historia. Pero siempre teniendo en cuenta que se trataba de un espacio distinto de Europa. Por supuesto que cuando era Tulio Halperin Donghi el que hacía historia política yo no estaba en contra. Lo mismo en relación a la historia de las ideas o de la cultura. Yo siempre fui amigo de F. Venturi que hacía estas cosas como un maestro. Incluso para Europa yo me ocupé de ciertos problemas de esta clase.

Ud. sabe, yo no creo en el método. Si viene un estudiante y me dice quiero estudiar el método, yo le digo, "muy bien, vaya con otro profesor". Es decir, no soy un misionero y no tengo que hacer proselitismo de los modelos europeos. Yo también desempeñé trabajos en Europa Oriental, en Polonia, en Hungría. Era un trabajo diferente al de América Latina, porque se trataba de introducir un poco de veneno en ese clima de marxismo algo tonto. No es un problema de ir a contracorriente. Yo llego a París y soy un perfecto tipo de formación cultural italiana idealista y alemana. Mis orígenes son estos: Croce, Meinecke. En París encuentro a

este grupo Labrousse, Braudel, Lucien Febvre, etc., y mi conversión es muy rápida. No tuve una reacción de decir "yo no quiero esto". Creo que vale la pena aprender cosas, y mi reacción es más bien estar en contra de las modas. Entonces no juzgo por los sistemas, sino por los resultados. Yo tomo los trabajos marxistas de P. Vilar sobre Cataluña y digo muy bien, y estoy de acuerdo. Pero tomo sus trabajos sobre América y digo que están muy mal, porque sin conocer los archivos aplicó un esquema que no sirve aquí.

Pero pasaban cosas divertidas. Yo tenía en América Latina reputación de ser marxista porque aunque estaba violentamente en contra de los movimientos revolucionarios europeos, estaba sin embargo a favor de las guerrillas en América Latina, porque encontraba que en sociedades bloqueadas donde no había posibilidades de discurso político, se debía tomar el fusil. Pero esta no era una opción ideológica, sino que era más bien un cierto pragmatismo. Estoy en este país y la situación es ésta.

Pero también dependía de los países. Nunca estuve de acuerdo con las guerrillas ni en Uruguay, ni en Argentina, ni en Chile. Era una cosa que yo veía para el Perú, para Colombia o para Guatemala. En cambio a los amigos uruguayos, yo les decía "están arruinando este país". Un país que era una maravilla; cuando lo visité por primera vez, Uruguay todavía tenía la pieza de cinco pesos que era idéntica a los cinco francos suizos de plata.

—*Ud. Prof. Romano ha alentado a los historiadores latinoamericanos a que generen sus propios modelos para explicar la historia americana. ¿Cómo puede conectarse esto con su insistencia, por ejemplo, sobre el feudalismo?*

—Exactamente. El feudalismo es un marco general. Y resulta interesante de ver cómo es el funcionamiento de este fenómeno en los distintos contextos sociales. Y es por eso que yo continúo manteniendo la máxima admiración por el libro de W. Kula, y estoy en contra de la traslación automática que era frecuente en ciertos momentos, y que incluso malinterpretó el libro de Kula sobre el caso de América. Estoy en favor de la noción de lo feudal, pero me parece necesario poner el acento en el caso americano sobre lo que constituyen los elementos locales. Le voy a proporcionar un ejemplo que me parece interesante. Si tomamos el feudalismo de la América Ibérica, es un feudalismo que se encuentra ya con un rasgo propio, absolutamente diferente de todos los otros tipos feudales que nos son conocidos, porque al lado de algunos rasgos feudales, en este continente, estaban también mezclados los esclavos y —que yo sepa—, no se hallaban presentes ni en Polonia, ni en Alemania. En un caso usted tiene un tipo feudal con ciertas integraciones de esclavitud, del modelo esclavista, mientras que en otros países tiene un feudalismo sin esclavitud. O, tiene el caso de Brasil, que es un modelo esclavista en cuanto a lo que hace a la fuente del trabajo, pero donde el modo de concesión de la tierra es un modo feudal. Hay que tener una idea de marcos generales y a continuación

buscar enseguida los modelos particulares, no me parece que esto sea en ninguna forma una inducción a la confusión, ni contradictorio.

—Ud. se ha definido como un empirista; le parece entonces que ¿habría que seguir investigando, sobre todo en historia económica, las cuestiones específicas de cada región, o le parece más adecuado adherir a modelos más amplios dentro de los cuales sea posible inscribir el trabajo?

—Número Uno. Sí, los jóvenes tienen siempre que empezar con trabajos chicos. Esto es fundamental. La ventaja de enseñar en la École (des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris), al menos en los tiempos pasados, era que el profesor tenía el derecho de rechazar, de no aceptar tesis. De decir, bueno señor, no me interesa. Y en los años sesenta yo no sé cuántos estudiantes rechacé que querían estudiar la reforma agraria en América Latina entre 1930 y 1950. Y yo les decía, mire señor yo sobre esto no sé nada, pero además sé todo. Sé ya la conclusión a la cual Ud. va a llegar: que hay una distribución de la tierra por la cual el 87,1 % está en las manos del 1,6 % de los propietarios; eso ya lo sé y Ud. va a llegar a esa conclusión y entonces eso no me interesa. Pero si Ud. quiere estudiar un valle, sólo un valle de su país, venga. Si no, hay otros directores disponibles, hable con ellos.

Pero de esta manera he tenido la satisfacción que Manuel Burga hizo su tesis, su libro, sobre el valle de Jequetepeque, que es un valle, pero pienso que vale la pena. Naturalmente hacer un trabajo chico así, exige siempre la misma cosa: encuadrarlo en un marco más amplio, en un contexto y problemática más amplio. Cuando Braudel decía que hay que hacer historia global, no es que decía que hay que hacer la historia sobre el valle de no sé qué, ocupándose de hacer la historia universal desde Adán y Eva hasta hoy día. No, significa que hay que mirar este problema tan chico con una óptica más grande; es todo. Hay que tener presente esta frase admirable del gaucho Don Segundo Sombra, que dice “las monedas son redondas para circular”. Y cuando uno estudia por ejemplo un pueblito, no puede olvidar que una moneda que está allí, no es la moneda de ese pueblito, sino que forma parte de la circulación de un espacio mucho más amplio. Si uno estudia una universidad, no puede hacer la historia de esa universidad, de esa facultad, sino que tiene que ver con todas las articulaciones, al menos plantearse el problema, de la totalidad de las articulaciones culturales de esa universidad con otras universidades y centros de conocimientos. Si estudio un convento, no puedo estudiar sólo ese convento, tengo que estudiar también la orden a la que pertenece el convento, el tipo de su religiosidad, y tengo que conocer cómo era esa religiosidad en el tiempo y en el espacio que están correlacionados.

No es verdad que estudio un convento..... La famosa microhistoria. No tengo nada, de verdad, contra la microhistoria. Pero lo que quiero decir es que si es una microhistoria que concluye en sí misma, no sé qué hacer. Es todo, nada más ni nada menos. Mire, cuando preparaba mi primera tesis —sobre un jacobino napolitano de la república de 1799—, mi maestro era Nino Cortese. Mi personaje era muy

interesante y hay que respetarlo porque lo prendieron y lo empicaron. Era un hombre de los que Marx hubiera denominado un socialista utópico. Y entonces empecé a estudiar la historia de las utopías, todas las utopías desde Platón. Me había metido en una masa inmanejable de materiales. Y un día, don Nino me dice: "Ruggiero, basta. Tu estás haciendo un trabajo de *Omni-historia*, y también de Vincenzo Russo. Por favor, ahora concéntrate en Vincenzo Russo". Yo quería hacer un tipo de historia global que era un lindo tema, pero que era en realidad otro tema. Y es cierto que no era posible estudiar a Vincenzo Russo partiendo del día de su nacimiento y cortarlo de toda la serie de situaciones culturales y de hecho del reino de Nápoles en este preciso momento. No creo que lo que yo hice sea un modelo. Pero creo que Don Nino, que me enseñó un montón de cosas, en este caso me enseñó esta cosa fundamental que es la de ver mi problema limitado en un marco más amplio, pero sin exagerar la amplitud del marco.

—*Le hago una pregunta sobre historia económica. En el artículo "Todavía ilusiones", Ud. decía que el problema de Annales era la historia económica o la economía histórica, y que Braudel había privilegiado lo primero, y todavía se discute el problema de las incitaciones que la ciencia económica debe proporcionar a la historia económica. ¿Cómo ve hoy Ud. ese problema?*

—Esta cuestión de la economía histórica y de la historia económica no es un debate nuevo, es un debate viejo, de fines del siglo XIX. Fueron los alemanes los que empezaron con la idea de la economía histórica; es decir, tratar de ver si históricamente las así llamadas leyes económicas encuentran una confirmación en el tiempo y en el espacio. Era una manera de reducir la historia al simple control de la persistencia en el tiempo y en el espacio de la, entre comillas, ley económica. El problema que se planteó a continuación es que no existen esas famosas leyes económicas. Son vacías. Son principios que los economistas establecen en un cierto momento con el objeto de desarrollar ciertos razonamientos. Nada más. ¿Cuáles son las leyes económicas universales? Es decir, leyes en el sentido de la física, que sirvan siempre y en todos los espacios. Tal cosa no existe. Punto.

Esta era una manera fuerte de reducir el valor de la historia, y por eso que rápidamente hubo una reacción. Braudel escribió un artículo que no es de las mejores cosas que escribió, sobre la economía histórica, en el número uno de la *Revue Economique*, que es un artículo malo, que a él mismo no lo dejaba contento, pero que tenía una razón: ésta era una forma, para Braudel, que por entonces tenía la misión de agitar el mundo de las ciencias sociales en Francia, y en particular agitar el mundo de la economía, que era un mundo muy modesto y que continúa siendo así —no existe un pensamiento económico francés—, en consecuencia Braudel esperaba poder así introducir un movimiento en este estado de cosas. Sobre la cuestión de las matemáticas.... cuando Fogel hizo su primer libro sobre los ferrocarriles en Estados Unidos, éste era un examen econométrico del proceso de la construcción, junto con un proyecto de historia alternativa, acerca de si en lugar

de construir una red de ferrocarriles se construía una red de canales, cuál hubiera sido el desarrollo de la economía americana. Ahora bien, mire el artículo de Furet en los *Annales* que se refiere a Fogel y que lo trata despectivamente sosteniendo que “de todos modos los Estados Unidos construyeron ferrocarriles”. Quiero decir que si hubo un grupo cerrado a las matemáticas, allí no estaba Braudel, quien además personalmente era un excelente matemático, sino que fueron más bien quienes lo siguieron, los jóvenes con ciertas excepciones —que me incluyen— y que tuvieron un rechazo total. En cuanto a mí, en cierta medida y para ciertas cosas, tenía razón. Tengo un libro sobre los precios en Marsella y aunque fui uno de los primeros historiadores que intentó utilizar correlaciones múltiples, a la segunda parte ya no la considero buena. Fue un libro resistido.

—Y sobre la relación entre la historia y la sociología ¿cómo veía en la Argentina post-peronista esa relación entre ambas disciplinas?

—Yo la veía mal. Pero más bien por el tipo de sociología que se tomaba como modelo. Lo que era en cierto sentido irónico, más divertido, era que teniendo al lado un maestro extraordinario como Germani, que era un tipo que tenía una idea dinámica de la sociología, en tanto que todos miraban a la sociología norteamericana, en particular la de aquellos años, que era verdaderamente mediocre. Fotografías más o menos exactas de situaciones momentáneas. No sé, pero me parece que la sociología era más del tipo de la que —en un caso francés— clasificaba los tipos de residencia de los empleados de la Galerie Lafayette de París. Y como había un empleado que tenía residencia en Lyon, llegaba a la conclusión que esta persona dormía apenas dos horas en su casa para estar en su puesto de trabajo a horario, cuando tal vez este señor aunque domiciliado en Lyon, tenía su novia en París, a doscientos metros de su trabajo y dormía con ella.

La sociología de aquellos años era un poco así. Estos son los datos, estas son las respuestas a los famosos cuestionarios, cuando bien sabemos todos que la gente contesta cualquier cosa, sobre todo porque cuando nos encuestan decimos cualquier cosa. ¿Por qué habríamos de creer entonces que los otros contestan más seriamente que nosotros? Sin embargo existía una gran sociología, de gente capaz de aprehender el proceso dinámico que condujo a la fotografía actual, ejemplo el libro de Bordieu sobre el *Homo Accademicus*, que indaga sobre una diversidad de cosas de la historia de Francia que conducen a su formación de este cierto tipo. Esta es una sociología interesante, y a Braudel le gustaba muchísimo. O, sino se puede salir de la fotografía para hacer un intento de profecía. Para seguir con Bordieu, él mismo en 1962 publica su libro *Les Héritiers*, lo que resulta extraordinario es que en esta fotografía de 1962 está ya inscripto 1968. Como aquel otro gran libro de Veblen sobre los “white-collars”. La previsión de un cambio de la sociedad con veinte, treinta años de anticipación... eso es lo que me parece interesante de la relación entre sociología e historia. Si se toma la sociología banal, me parece que no vale la pena. Pero si se toma, aunque sea como ejemplo, o como instrumento de integra-

ción, me parece valioso aunque quiero decir también que a esta altura de las cosas, hay que reconocer que se trata de una sociología que es más parecida a la historia que a la sociología, por lo menos que a la sociología más difundida.

Si tengo que ver la diferencia entre aquel momento que Ud. me preguntaba y la actualidad, creo que el ejemplo es Torcuato Di Tella en 1960 y el de hoy día. Di Tella es una buena muestra de cómo un sociólogo que rechazaba completamente la historia y que estaba completamente en favor de la sociología norteamericana, cambia en un sentido que creo positivo y ahora toma en cuenta la historia, haciendo una sociología dinámica que pienso es más interesante. En cuanto a Touraine me resulta estático. Los que eran unos trabajos extraordinarios eran los trabajos del maestro de Touraine, de G. Friedmann. El hombre que hace el análisis más rico que había en los años cincuenta acerca de la continua fragmentación y división del proceso del trabajo, y cuáles eran sus efectos sobre la sociedad.

—*Yo quisiera salir un poco de este debate sobre los puntos de contacto entre disciplinas, para preguntarle sobre otro tipo de contactos de conocimiento en historia. ¿Cómo aprecia Ud. la historia de América Latina hecha por latinoamericanos y la historia de la misma región hecha por latinoamericanistas que son extranjeros, y si en este sentido los problemas que Ud. señalaba que existían para la historia medieval en América Latina, no se detectan también en el latinoamericanismo practicado desde Europa o los Estados Unidos?*

—Yo creo que las distintas escuelas, si hago una comparación entre la historiografía de los años 50 y 60, cuando empecé a conocer la historiografía de estos países, no hay duda que se han efectuado progresos impresionantes. Si tomamos por ejemplo, el caso peruano, que mencioné antes, lo que se hacía en los años 50 y hoy, bueno, son dos mundos distintos. Si tomamos algunos de los inventos parisinos de los que se habla tanto, la etno-historia, la historia antropológica, en rigor de verdad estos fueron inventos de la historiografía limeña. En el Perú se hicieron los primeros, auténticos trabajos de etno-historia y allí se continúa ensayándola.

Si se mira la historiografía mexicana, ésta tiene personalidades de primer orden, al igual que la historiografía argentina. ¿Cuál es, entonces, el defecto, la acusación que yo hago siempre? Me parece increíble que haya un libro argentino sobre cualquier tema, donde uno mire la bibliografía y se cite una cantidad de libros franceses. Por ejemplo, se menciona la historia de la agricultura y aparece citado DUBY, ABEL, toda la cultura europea sobre historia de la agricultura. Muy bien, pero si uno se fija con atención se da cuenta que se ha omitido un excelente libro, digamos, chileno sobre el mismo tema. Es así, el libro de otro autor latinoamericano no se cita. O tenemos un libro mexicano sobre minería. Allí se citan todos los trabajos posibles e imaginables sobre las minas en Suecia, y no estoy exagerando nada, porque a través de M. MORNER se conocen también estos trabajos. Muy bien, me alegro. En cambio, ni una palabra sobre las minas peruanas. Sobre los libros excelentes que están escritos sobre el tema en el país de al lado, no hay una sola referencia. ¿Cómo es posible la ignorancia historiográfica sobre problemas

que son comunes? El caso de la tierra, o de la hacienda, bueno, pueden tener su especificidad. Pero en el caso de los metales preciosos, cómo olvidar que México y Perú formaban parte del mismo imperio, y se quiera o no, entre los dos hubo comunicación y contacto, legislaciones comunes y otro montón de cosas. Dineros de las cajas de un país que pasan al otro por razones militares o las que fueren. Y, sin embargo, nada.

Si se toma la historia del comercio, tenemos que para México Veracruz-España y Acapulco-Manila, constituyen las vías del comercio exterior. Ahora si uno se pregunta si es que de Veracruz no sale nada para Caracas-La Guaira, nadie sabe responderle. Lo único que hay sobre el tema es un libro escrito por un venezolano en el Colegio de México en los años 40. Y desde entonces nadie ha trabajado ese problema. Mientras tanto siguen yendo historiadores mexicanos a estudiar en Sevilla y en el Archivo de la Nación, los mismos documentos cada vez y llegan más o menos a las mismas conclusiones. Cuando yo creo que sería suficiente ir de Veracruz a Tabasco para encontrar documentos sobre este comercio que seguramente significará algo en la historia de Nueva España. Bueno, éste me parece el mayor límite de la historiografía de los países iberoamericanos, porque se ignoran tranquilamente entre ellos en forma inconcebible. Son todos muy cosmopolitas, muy abiertos hacia la producción alemana, turca, belga, sueca, mientras que ignoran completamente lo que pasa al lado. Ni hablar cuando hay temas que ponen en juego la nación o el estado, etc. Cada uno habla de lo que pasa en su territorio. Lo que pasa en lo del otro se desconoce. Me parece absurdo.

El otro tema nos conduce de vuelta al mismo punto. Los defectos del latinoamericanismo europeo principalmente deviene del concepto de que la historia europea constituye un modelo, y que los estudios hechos sobre ésta deben proporcionar inspiración para este continente. En cuanto a mí, yo fui alumno de E. Labrousse. Tuve, incluso el honor, de escribir todo un volumen con él. La obra de Labrousse me parece extraordinaria, la conozco bien, y sin embargo no creo que tenga ninguna posibilidad de ser aplicada en el contexto de América Latina. Es todo. Vale la pena leerla para su propia formación personal, pero después ¿cómo se puede tener el sueño de aplicar el modelo labrousiano del interciclo a América? Hay esta voluntad y deseo.

También en ciertos momentos hubo algunos historiadores europeos que se enamoraron de algunas fórmulas e hicieron un poco de economía histórica. Pienso por ejemplo en cuántas veces se ha insistido sobre la fórmula de Fisher ($P = mm.v$). Bueno, en primer lugar, ésta no es la fórmula de Fisher. Se presenta como tal, pero no es sino una versión simplificada, a lo que se suma el hecho que para el caso europeo es inaplicable para períodos anteriores a mediados del siglo XIX. Pero dejemos esto de lado, la cosa es que esta formulita así simplificada es muy divertida y que además es sometida a juegos como sostener por vía de hipótesis que la masa monetaria es estable, y que también la velocidad de rotación monetaria es estable, lo que conduce a concluir que los precios eran igualmente estables.

Una vez que uno llega a esta conclusión es que se ha metido en una tautología que no tiene ninguna significación. Sobre América Latina se han hecho los mismos ensayos, entonces hay que tener cuidado. Y especialmente hay que tener cuidado con los misioneros. No hay que olvidar que todos los que pueden, tienen ganas de ser misioneros. Los marxistas que en el momento de los grandes triunfos soviéticos hacían de misioneros, y eran tan salvajes como los curas que llegaron por aquí en el siglo XVI. Resulta divertido ver cómo se habla acerca de la desestructuración de los pueblos indígenas en el siglo XVI y no se habla de las desestructuraciones practicadas por los liberales en el siglo XIX o por los marxistas en el siglo XX. Todo esto también existe en la historiografía y son ustedes los que tienen que estar en guardia, y cuando viene alguien que les explica un modelo, tienen que decirle “por favor, no me interesa cómo su modelo funciona bien en Suiza; me interesa me explique por qué va a funcionar igualmente bien en América Latina”.